

Lo Clásico a Contraluz

POESIA DRAMATICA EN SAN JUAN DE LA CRUZ

Si de todos los poetas queda siempre inédita o perdida una buena parte de su obra, en el caso de San Juan de la Cruz lo perdido hay que suponerlo aumentado, no sólo porque no cuidase de la fijación y conservación de sus versos, ni, porque como es fácil suponer, voluntariamente los hiciera desaparecer, sino sobre todo, por el especial carácter de su poesía. Es innegable el íntimo sentido oral y de cántico que alienta en toda ella. Esto de una parte le lleva a la concepción mental —como compone las primeras estrofas del *Cántico espiritual* y los romances en la cárcel de Toledo— y en consecuencia a una mayor desatención por trasladarlo al papel. De otra, esa tendencia le lleva a la improvisación. Es hecho comprobado con testimonios de la época lo frecuente que era en él improvisar —y mover a improvisar a los novicios— en sus festividades y horas de recreación. Igualmente es sabido como en los viajes, cuando no hacía pláticas y consideraciones espirituales a los que le acompañaban, iba todo el camino cantando salmos, versos de los *Cantares* y coplas devotas.

Esta tendencia a la poesía oral y cantada, aparte de responder a un íntimo y natural impulso, pudo estimularse desde la niñez en el mismo ambiente familiar, en el gusto por los cánticos a lo divino que también encontramos en su hermano Francisco. Pero será entre las monjas descalzas donde encontrará la más rica floración de poesía religiosa cantada. No se ha puesto nunca en ello la atención y es esencial para comprender la poesía del Santo. Quizá el más corto y directo camino para acercarnos al lado humano de su poesía; el vergel donde mejor se escucha al *jilguero di-*
vino.

Porque en la Reforma del Carmelo encuentra Fray Juan de San Matías una corriente poética, ya encauzada, de poesía a lo divino destinada al canto que debió avivar su íntimo impulso en este sentido. Una poesía tradicional, en el sentido pidaliano, se produce en el Carmelo de Santa Teresa a la que no sólo se incorporaron las formas tradicionales cultas y populares, sino también los metros italianos. Incluso las liras se cantaban en alguno de estos conventos antes de que el Santo cantara las suyas en la Cárcel de Toledo. Se reafirma, pues, por lo menos, la doble raíz, culta y popular, de su poesía, el sentido de canto y junto a todo ello la tendencia a la

improvisación. La poesía improvisada era frecuente en la Madre Teresa, que también mueve a ello a las monjas que le rodean. Como el P. Silverio señala hay que pensar que muchos de sus versos no se escribirían.

Esto hay que afirmarlo igualmente de San Juan de la Cruz. Y he aquí lo que a nosotros interesa hoy: destacar entre esa poesía improvisada perdida una actividad de verdadero poeta dramático; actividad que por otra parte interesa para la plástica como demostración de cómo era consciente de la fuerza emocional y poder edificante que tiene la representación viva de la escena religiosa. Pasajes de la vida de la Virgen, escenas de martirio y hasta representaciones de carácter abstracto, presenta ante sus novicios en las galerías del claustro, con un vivo sentido plástico y dramático que nos hace pensar a un mismo tiempo en el paso de procesión y en la comedia de santos y el auto sacramental. Merece, pues, se le considere como verdadero autor dramático, aunque se trate de composiciones en las que casi la única voz era la suya.

Unas veces era para recrear, otras para estimular en la vida de sacrificio y mortificación de la nueva regla. Así, en la noche de Navidad, cuentan sus biógrafos, representaba en las galerías del claustro la entrada de la Virgen en Belén, paseando una imagen de Nuestra Señora que se detenía sucesivamente ante varios monjes que representaban los mesoneros a quienes iba pidiendo posada. Precisamente conservamos la cancioncilla que con este motivo improvisara siendo Prior en Granada; lo cantaba al acercarse la Virgen a los supuestos mesoneros:

Del Verbo Divino
La Virgen preñada
Viene de Camino.
¿Si le dáis posada?

En cierta ocasión "hizo que dos religiosos, acomodando el disfraz con el ropaje de sus hábitos, representasen las personas de Nuestra Señora y de San José, y alrededor de un claustro donde estaban otros como en diferentes mesones, les pidiesen posada, despidiéndole éstos sin querérsela dar. Pero especialmente el siervo de Dios se enterneció y encendió de manera, que prorrumpiendo en afectuosos sentimientos, decía mil regalos y lindezas a la Virgen y su Esposo y levantaba pensamientos y consideraciones del cielo sobre su pobreza y desamparo". En ocasiones llegan a fervorizar de tal manera a los religiosos que terminan todos llorando ante aquellas escenas que, como dice uno de sus biógrafos, "no parecía representación de cosa pasada, sino el mismo suceso que se veía presente".

Aún más impresionante debían ser las escenas de martirio, en las que casi siempre el Santo representaba al Mártir que mantenía ante el juez y verdugos, con gestos y palabras, el placer de sufrir por la causa de Cristo. Con cierto detalle recuerda Fray José de Jesús María uno de estos ensayos de martirio realizado por el Santo en el noviciado de la Mancha de Jaén para enfervorizar a los novicios. "Nombráronse oficiales, e hicieron las figuras de mártires nuestro Padre San Juan de la Cruz y el Maestro de novicios, llamado fray Cristóbal de San Alberto. Fueron acusados de cristianos y el juez les tomó confesión y habiendo confesado con

gran fervor la fe de Cristo y detestado de las sectas contrarias, mandó el juez que les desnudasen las espaldas y los amarrasen a dos naranjos de la huerta donde el ensayo se hacía y que allí fuesen azotados rigurosamente, hasta que, arrepentidos, dejaran de confesar a Cristo. Hízose así, y los verdugos, ejecutando lo que el juez mandaba, hacían su oficio, como si no fuera representación, sino castigo de veras y tanto más alentadamente cuanto el fervor de los mártires era mayor”.

Verdadero juego teatral con que también entretenía y formaba a sus monjes es otro que cuentan los citados biógrafos. Consistía en “armar un caballero, y señalando a uno que o fuese de Cristo, mandaba que cada uno le diese aquellas armas con que mejor pudiese pelear y defenderse de sus enemigos en la conquista del Reino de los Cielos. Unos le daban el escudo y loriga de la Fe, otros la celada de la Esperanza, otros la espada y cuchillo de la palabra divina, y otros lo armaban de pies a cabeza de la mortificación de Jesucristo. Otras veces proponía que vistiesen y adornasen a un hermano, para que dignamente pudiese hallarse en el convite del Cielo; y cada uno le daba la virtud que le parecía más a propósito para salir de fiesta y pasar delante de Nuestro Señor y de sus convidados celestiales... Y tomándole el venerable padre la mano sobre cada arma, vestido o joya que se daba al que querían armar o adornar, decía maravillosas ponderaciones, encajando entre aquel ejercicio de honesta y devota recreación la doctrina de más veras y de más sólido espíritu y perfección con que los encendía en un fervor y alentado brío de alcanzarla”.

El surgir de ese aspecto de su poesía como en general de su formación de poeta es forzoso ligarlo a sus años de estudiante en el colegio de jesuitas de Medina del Campo y sobre todo a las enseñanzas maneras del P. Bonifacio. En su clase debió escribir las primeras composiciones, como se deduce de las ideas del famoso jesuita expuestas en su carta “a un buen poeta sobre la manera de hacer versos”. Estimaba que sus alumnos debían aprender a escribirlos; claro que especialmente en latín; pero hay que pensar que difícilmente podría limitarse esta actividad a lo latino y menos aún en esos años primeros del magisterio del P. Bonifacio en que Juan de Yepes asistía a su clase. No se contentaba el maestro con que los versos tuviesen *número y medida*, sino que recomienda “que pesen las palabras y sustituyan las flojas y vanas por otras más propias y significativas”. Este aprendizaje, esta disciplina poética explica algo esa rara maestría en la técnica del verso con que nos sorprende el Santo en sus primeras composiciones.

Unamos a esto que San Juan no sólo hizo allí sus primeras lecturas de los clásicos latinos, sino que incluso aprendió en clase a la letra muchos trozos, especialmente a Virgilio, el poeta preferido del jesuita.

Su formación de poeta la completaba el joven Juan de Yepes en las plazas y en los campos con los versos del romancero y el cancionero popular que oía en boca de artesanos, mercaderes y campesinos. Y la completaba también con sus primeras lecturas de libros en romance; con el halago adormecedor de los versos de Garcilaso y en el ambiente de idealidad amorosa de las páginas de la Diana. Nunca pudo olvidar por completo el mundo y musicalidad del verso garcilasiano y tampoco algunos trozos de la Diana. Sobre todo un pasaje de la novelita del “Abindarraez y la hermosa Jarifa”; aunque ésta pudo leerla en el “Inventario” de Antonio de Villegas editado allí en Medina.

Podría también pensarse que dado el ambiente movido de la ciudad, tan famosa por sus ferias, que tendría ocasión de presenciar representaciones en algunas de las varias compañías de cómicos que ya en estos años corrían por España, incluso de actores italianos; mas la índole de las representaciones que organizaba S. Juan de la Cruz no permite suponer un influjo decisivo de la escena popular.

Pero lo esencial que encontraría como modelo sería las representaciones que tan frecuentemente celebraban en el Colegio de la Compañía. Precisamente en el año de 1562, cuando Juan de Yepes estudiaba allí, tuvo lugar una de estas, "David y Absalón", compuesta por los mismos alumnos en latín y castellano. Nadie se creía que fuese cosa de muchachos y, como ya señalaba el P. Bruno de Jesús María, no es aventurado pensar que en ella tomara parte el mismo joven Juan de Yepes. A esta dramática habrá, pues, que unir la que después improvisa siendo carmelita.

Como hemos visto en muchos aspectos no es más que la escenificación de los pasajes de los libros sagrados. Así, se da, no sólo tomando motivos del relato evangélico, donde a nuestro entender se cruza el recuerdo de las páginas de la *Vita Christi* del Cartujano, sino también de alguna Epístola de San Pablo, como parece descubrirse en esa alegórica representación que hemos citado al final. Y no olvidemos que representaciones de este carácter, como decíamos, fueron las que tuvo ocasión de presenciar en el colegio de Medina. Así, además de lo dicho, podemos recordar que en la fiesta de Navidad del curso de 1556-1557 "representaron una comedia del Nacimiento, que compuso uno de los profesores, quizá el mismo P. Acosta, y poco después compuso una tragedia, ciertamente suya, sobre el "Sacrificio de Jefe" que gustó extraordinariamente". Podemos afirmar que el recuerdo de estas representaciones constituye el único sedimento literario con que contó el Santo al improvisar las suyas. Aun sin tener una extraordinaria memoria, difícilmente podemos suponer olvidara los trozos que aprendiera y recitara en estos años de muchacho.

He aquí anotado un caudal literario irremisiblemente perdido, pero que es necesario tener presente para enjuiciar y comprender algunos rasgos de su poesía.

EMILIO OROZCO DÍAZ.

